

Dos entregas recogen hasta la fecha la poesía astillada y seca de Eli Tolaretxipi (San Sebastián 1962): *Amor muerto*, *naturaleza muerta* (Bassarai, 1999), y *Los lazos del número* (Bassarai, 2003). En ambas, los trazos de una misma tentativa geométrica que explique las sensaciones del mundo a partir de las relaciones con esos aparecidos que son los objetos, esos huéspedes a menudo cómplices, nunca del todo quietos, que moran en él.

Catálogo de cuerpos porosos, permeables, abiertos, enhebrados en un devenir de galerías y estancias horadadas con determinación y transparencia. Poesía táctil que tantea imágenes dispuestas en amable caos en busca de un tejido que salve el laberinto. En cada poema de Tolaretxipi, lo real aguarda un abrazo definitivo. Este mundo entre-cortado alberga un contorno que la voz se esmera en perfilar.

Mundo fragmentado que no extravía el sentido. Trozos sueltos, nunca dispersos, fluir coherente de un sentir frágil y conocido. En Eli todo es extrañeza, sin embargo, nunca el lector es un espectador ajeno a la lógica de todas estas piezas sueltas. No hay lector que no sepa de la precariedad de las manos para apresar el mundo. Para Eli Tolaretxipi las pieles de las naturalezas que trata y sus cuerpos son una misma cosa; los objetos no tienen un reflejo trascendente, su realidad es el número; todo sólido está presente a pesar nuestro, nada importa que la ficción de su posible transparencia persista.

Los procedimientos por los que se atiende y recrea una naturaleza detenida son los mismos en ambos poemarios. Fotografías y libros en *Los lazos del número*, Cuadros y esculturas en *Amor muerto*, *naturaleza muerta*; el amado reducido a modelo pictórico, a sus posibilidades plásticas en una confrontación no por contenida menos dolorosa. Ese proceso tantas veces repetido por el que todo abrazo nos desaloja de todo cuanto hasta entonces teníamos por propio.

*Importa el hecho de que mi amiga S*

*haya construido las alas para mí, que vaya a ser yo la mariposa que me quede un solo día para decirle que ya no.*

En los poemas de este primer libro, la lógica del Dos reproduce la muda de los cuerpos; abrazos que no salvan, amantes condenados a un infranqueable estado de pupa, transfiguración humillante, como si la crisálida no revelara un nuevo nacimiento, sino tan sólo su condición de ovillo en el que el amante como un arácnido retiene a su presa y se alimenta.

*Lo que dice me transforma.*

*Se trata, dice, de exponer mis adentros sin color*

*sin que nada palpite.*

*Interiores secos.*

*Mi oreja,*

*mi corazón de manzana rígidos sin mí.*

Como en esa teatral suicida que fue Anne Sexton –acaso no haya suicida que no lo sea– se hace notar en cada una de las imágenes que Tolaretxipi ensaya, una obstinada presencia del

## Poesía táctil

(El mundo fragmentado de ELI TOLARETXIPI)

*“Traemos un mensaje de la larga y negra extensión del Cuerpo: “Cálmate ruega y ruega”. Elizabeth Bishop*

*“En mi cuarto, el mundo está más allá de mi comprensión; Pero cuando camino veo que consiste en tres o cuatro colinas y una nube”. Wallace Stevens*



cuerpo sumido en sus porciones. El cuerpo, ese sórdido lugar en el que nos demoramos, y al que siempre uno vuelve cumplida la huida, tal vez en otros cuerpos. En ambas poetas, el verso con tiempo de una poesía con voluntad de prosa, así como un decidido tono confesional. Otras voces femeninas han fecundado el personal mundo poético de Eli Tolaretxipi; junto a la ya mencionada Anne Sexton, Sylvia Plath, Elizabeth Bishop, por nombrar un reducido. Algo también de los ecos hipnóticos de Wallace Stevens, ese autor que cantó la superficie de las cosas para que, una vez salvados sus pliegues y vértices, pudiéramos sin peligro caer dentro

cuerpo observado, de igual modo, cada huella aplicada al lienzo, deja un rastro indeleble en la piel de quien se presta al sacrificio del modelo. Las fotografías nos hablan de la inmediatez en que se asimilan imagen y mirada. La extrañeza ante el cuerpo retratado, cuerpo condenado a los márgenes del lienzo, reside en el gesto de acariciarlo, pertenece al sórdido vínculo que con el tacto se sella. Eli sabe que sólo estos lazos nos explican.

Esta destemplada lógica del Dos que anima los poemas de *Amor muerto*, *naturaleza muerta*, continúa tendiendo puentes subterráneos en los *Lazos del número*, tal vez en busca de cierta re-

En Eli todo es extrañeza, sin embargo, nunca el lector es un espectador ajeno a la lógica de todas estas piezas sueltas

de ellas. En ocasiones parecida respiración en ese deambular laberíntico de formas repetidas, esas espirales de *Superficie marina llena de nubes* o *El hombre de la guitarra azul*.

Mucha de la capacidad sugestiva de estos poemas reside, además de en la extraordinaria plasticidad de sus imágenes, en que nada, en este catálogo de delicadas piezas y fragmentos de vida quieta, pese a su condición de “objetos”, nos mantiene a distancia. La realidad en el universo de Eli Tolaretxipi nunca es dual; toda conciencia u ojo que mira adquieren las dimensiones, trazos, heridas, huellas y hendiduras del

dención. En este su segundo libro, un recóndito Tres se encarna para dotar de nuevos matices el antiguo vínculo.

El mismo sereno espanto que acompañó a Morel en sus estériles paseos por aquella isla, donde los prodigios de una invención perversa asimilaba los cuerpos a su imagen, privándole de la compañía de los antiguos moradores, recorre las escenas repetidas de *Los lazos del número*. La mujer alta, el hombre ante la máquina, la lectura en los transportes públicos, paisaje con palmera y museo. La mansa realidad de los cuerpos sobre los que posamos nuestras manos, tal vez extraña-

### Poéticas

Cada objeto se cobija en el cuenco de ambas manos y se contempla sin tiempo

dos de que perseveren en su existencia; el mundo apaciguado y leído; todo adquiere la entidad frágil de las reproducciones. Esa contabilidad de las cosas que callan mientras uno inventa su historia, cierta e inaccesible.

Este mundo detenido muestra sin violencia su faz de realidad atrapada en los márgenes del ojo atento. Fragmentos casi inanimados, contenidos en la realidad doméstica de las fotografías, en la prudente distancia de los libros, en el cuerpo acariciado que se entrega casi siempre dormido, ausente.

Mundo privado de movimiento, reducido a catálogo de objetos y fotogramas. Naturaleza inmóvil, no muerta, aún palpitante, aguardando un indicio; tal vez una comunidad de fragmentos de vida destemplados con los que poder al fin conformar los tres puntos de apoyo necesarios para que cualquier cuerpo se alce desde su plano, o para que, en ese mismo plano, los tres vértices devengan una forma definida. Cada verso quiere abrazar un cuerpo, un sólido indomable. En definitiva, realidad expuesta para ser contemplada y narrada, mientras anida en cada reconocimiento la esperanza de que algo se desprenda de la lógica de los museos y nos traspase.

*La página está llena de signos digeribles, pero alguien tiene que empujar la sucesión, completar los momentos.*

“Las cosas vistas son las cosas como se ven. Lo real absoluto”. Apuntaba Wallace Stevens en *Adagia*, en esa su imperiosa tentativa de aliviar a lo real de sus adulteraciones, y así *aprehender la complejidad del mundo, percibir lo intrincado de la apariencia, en definitiva hacer sutil la experiencia*.

Cada objeto se cobija en el cuenco de ambas manos y se contempla sin tiempo. Cada imagen es una pieza que contiene la intrincada transparencia de un mundo en miniatura. Eli Tolaretxipi reparte el mundo en secuencias, suya es la lógica de los restos. La repetición dota de geometría a un universo sutil. Mundo redimido en su imagen, mundo sin doble; en las manos absorbidas de Eli sólo la materia es trascendente.

Jon Obeso Ruiz de Gordoa

### Emergencias emocionales

Los primeros poemas de Eli Tolaretxipi –los de *Amor muerto*, *naturaleza muerta* (1999)– daban referencia a una poesía arrebataada a la realidad que, sin ser narrativa, u objetiva, iba desgranando las impresiones visuales, incluso las aprensiones táctiles por las que se conduce el sentimiento. Sus versos eran, son, como abreviaturas, notas sincopadas que resumen o remiten a un tiempo al lenguaje del sentimiento y los sentidos. Hay en sus aquellos poemas un canto o exaltación de lo amoroso, de todo cuanto remite bien al amor, bien al olvido; ya dolor, ya dulcedumbre o liberación, ya dulce melancolía. Tiene ese primer poemario una permanente invocación a la sentencia, al apogema que brota del sentimiento, cuando el amor o el desamor o ambas nociones a la vez, convergen en eso que la propia poeta llama “emergencias emocionales”.

Pero tanto en su primer libro como en el segundo –*Los lazos del número* (2003)–, Tolaretxipi refiere a una constante “plástica del tacto”, que nada tiene que ver con la objetividad de la materia, sino con la visualización de los objetos, referencias e intuiciones que abocan al misterio, en una suerte de territorio ausente. Aunque la propia escritora ha dicho, a propósito de su segundo libro, que “quien escribe parte de lo que le duele o le hace llorar”, y que su poesía “no parte de la experiencia personal ni es autobiografía”, hay en su poesía un palpable inducción biográfica. No tiene que ser ésta la experiencia de la autora, por supuesto, sino la “visión” de la evidencia que podemos hallar en ese territorio ausente a nosotros mismos, en el que se retrata la humanidad o se intuye su trámite íntimo, su degollada encarnadura. Hace así Eli Tolaretxipi como una biografía del mundo, la primera biografía anónima del Otro, cuando la tentación en el asunto de la poesía es hacernos creer que la biografía es siempre un problema del propio autor o autor: un tráfago del Yo.

Es ahí donde está la mayor originalidad de la poética de Tolaretxipi: en ese ejercicio de agrupar, no a la par, sino al tercio (sueños-cotidianidad-creación literaria) los sentimientos agrupados del Otro, desde una distancia calculada, en la que, a la vez, se implica la poeta, para dar surco, moderación, decantación y ritmo a las cárcavas del lenguaje que hacen que esto de lo que hablamos sea poesía. Esa visualización de los páramos del mundo, de las playatas de libertad donde se conjuga la posibilidad de todo cuanto es, más allá de nuestra torpe realidad, se aprecia en su legado poético a la espera de sus nuevas entregas, que resuman o adviertan nuevos caminos, otras emergencias.

Félix Marañón